

POBREZA Y REDES DE APOYO EN LA VEJEZ. ACERCAMIENTO DESDE LAS DIFERENCIAS DE GÉNERO*

Dra. Sandra Huenchuan*

Resumo

En este trabajo documentamos que, los datos de las encuestas de hogares realizadas alrededor del año 1999, demuestran que en la mayoría de los países, la pobreza es menos frecuente en la vejez que en otras etapas del ciclo de vida (CEPAL, 2001), y la teoría nos advierte que esta interpretación tiene limitaciones en la medida que la frontera entre pobre y no pobre en la vejez es extremadamente frágil.

En el caso de las mujeres mayores, los datos de las encuestas de hogares demuestran que sufren profundas desigualdades respecto de los hombres en la situación de ingresos por remuneraciones al trabajo y por transferencias del sistema de seguridad social. Parte de estas desigualdades se derivan de las condiciones en que se desarrolla la actividad laboral de las mujeres a lo largo de su curso vital o de las limitaciones estructurales derivadas de las leyes y normas que rigen los sistemas de seguridad social. Lo que nos sorprende es que esta desigualdad no siempre se traduce en situaciones de pobreza en la vejez femenina, tal como demuestran los índices de feminidad de 60 años y más de los hogares pobres de algunos países de América Latina.

Una de la hipótesis que exploramos en este trabajo es que la probabilidad de caer en la pobreza por parte de las mujeres estaría siendo resistida por la oportunidades de contar con ayudas familiares, y esto se produce porque la situación económica de las personas mayores —y de las mujeres en especial— no depende solo y únicamente de los ingresos por remuneraciones al trabajo o por jubilación; sino también de las redes de apoyo social y de los recursos humanos disponibles para su atención y cuidado cuando aumentan los niveles de dependencia.

* Trabalho apresentado no I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, realizado em Caxambú- MG – Brasil, de 18- 20 de Setembro de 2004.

* CELADE, División de Población de la CEPAL. Agradezco a Daniela Gonzalez, Asistente de Investigación del CELADE, División de Población de la CEPAL por el procesamiento de los datos de la Encuesta SABE.

POBREZA Y REDES DE APOYO EN LA VEJEZ. ACERCAMIENTO DESDE LAS DIFERENCIAS DE GÉNERO*

Dra. Sandra Huenchuan*

Presentación

De acuerdo a la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer (1999), las desigualdades de edad y género están vinculadas a la pobreza, y la mayor incidencia de la pobreza en las mujeres que entre sus pares masculinos no es accidental, sino multidimensional, por cuanto nace de las múltiples desigualdades que sufren las mujeres a lo largo de la vida debido a su género, clase, etnicidad y estado civil.

En esta perspectiva, el género como variable estratificadora de la situación socioeconómica en la vejez tiene su origen en la división sexual del trabajo, debido que el rol de las mujeres en la reproducción social les limita las oportunidades de emplearse remuneradamente, los logros educacionales y la adquisición de conocimientos prácticos (Stone, 1999) y, cuando se insertan en el mercado laboral, lo hacen en puestos con bajas remuneraciones y poco valorados, provocando desventajas económicas y sociales que se traducen en desigualdades durante la vejez. Un aspecto a destacar en esta línea de argumentación son las dificultades existentes en las estructuras políticas y jurídicas, específicamente, las leyes y tradiciones relativas al patrimonio, el crédito y la herencia que suelen ser más favorables a los hombres.

De acuerdo al Centro de Desarrollo Social y Asuntos Humanitarios de la Oficina de las Naciones Unidas en Viena (Naciones Unidas, 1991) “en todo el mundo, las mujeres de edad tienen más posibilidades de vivir en la pobreza que los hombres”. ¿Hasta qué punto esta afirmación es efectiva para los países de la región?

En este trabajo documentamos que, los datos de las encuestas de hogares realizadas alrededor del año 1999, demuestran que en la mayoría de los países, la pobreza es menos frecuente en la vejez que en

* Trabalho apresentado no I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, realizado em Caxambú- MG – Brasil, de 18- 20 de Setembro de 2004.

* CELADE, División de Población de la CEPAL. Agradezco a Daniela Gonzalez, Asistente de Investigación del CELADE, División de Población de la CEPAL por el procesamiento de los datos de la Encuesta SABE.

otras etapas del ciclo de vida (CEPAL, 2001), y la teoría nos advierte que esta interpretación tiene limitaciones en la medida que la frontera entre pobre y no pobre en la vejez es extremadamente frágil.

En el caso de las mujeres mayores, los datos de las encuestas de hogares demuestran que sufren profundas desigualdades respecto de los hombres en la situación de ingresos por remuneraciones al trabajo y por transferencias del sistema de seguridad social. Parte de estas desigualdades se derivan de las condiciones en que se desarrolla la actividad laboral de las mujeres a lo largo de su curso vital o de las limitaciones estructurales derivadas de las leyes y normas que rigen los sistemas de seguridad social. Lo que nos sorprende es que esta desigualdad no siempre se traduce en situaciones de pobreza en la vejez femenina, tal como demuestran los índices de feminidad de 60 años y más de los hogares pobres de algunos países de América Latina.

Una de la hipótesis que exploramos en este trabajo es que la probabilidad de caer en la pobreza por parte de las mujeres estaría siendo resistida por la oportunidades de contar con ayudas familiares, y esto se produce porque la situación económica de las personas mayores —y de las mujeres en especial— no depende solo y únicamente de los ingresos por remuneraciones al trabajo o por jubilación; sino también de las redes de apoyo social y de los recursos humanos disponibles para su atención y cuidado cuando aumentan los niveles de dependencia.

En efecto, los antecedentes presentados en este trabajo, nos animan a pensar que el hecho de que en la mayoría de los países, parte de las mujeres vivan una vejez alejada de la pobreza en la generación actual es producto de la posibilidad de recibir transferencias familiares, lo cual compensa las limitadas oportunidades de recibir transferencias sociales a través del sistema de seguridad social. En el caso los hombres, las evidencias nos indican que siguen actuando como proveedores durante la vejez (CEPAL/CELADE, 2003) , lo que tal vez les asegure cuidado y cierta calidad de vida; pero el hecho que sus redes de apoyo familiar y comunitario sean más reducidas (Montes de Oca, 2003; Arias, 2001), a la larga puede acarrear consecuencias importantes en su bienestar.

De lo anterior se concluye que el estudio de seguridad económica en la vejez, desde una perspectiva de género, debe obligadamente problematizar aquellos factores que inciden en la situación y posición actual de las mujeres y hombres mayores. Para esto proponemos que si bien para los hombres es fundamental estudiar la trayectoria laboral y el funcionamiento del sistema de transferencias del sistema de seguridad social, en las mujeres mayores se debe poner especial atención en el capital social que han logrado acumular durante su vida.

Seguridad económica en la vejez

El estudio de la seguridad económica de las personas mayores comprende dos aspectos: i) situación económica y ii) posición económica.

La *situación económica* de las personas mayores está determinada por su poder adquisitivo; el cual puede provenir de diversas fuentes: trabajo, ahorros, jubilaciones o pensiones, entre otros. Obedece directamente al nivel y tipo de consumo, el cual “depende de la edad, el estado de salud, de los arreglos de residencia y de cuántos servicios corran a cuenta del Estado a través de servicios gratuitos o subsidios” (CEPAL/CELADE, op.cit).

La particularidad del estudio de la situación económica en la vejez, es la insoslayable necesidad de incluir el ciclo vital como un elemento subyacente, debido a que el poder adquisitivo actual de las personas mayores tiene que ver con la “posición económica anterior y con las decisiones y circunstancias a las que se vieron sometidas en otras etapas o momentos del curso de vida” (Perez, 1997). Al respecto, algunos autores (Maddox y Campbell, 1985) plantean que la etapa más importante en la determinación de la situación económica en la vejez, es aquella inmediatamente anterior a la jubilación. Las evidencias niegan esta posición ya que, por una parte, en etapas previas igualmente se definen factores relevantes tales como, el nivel de estudios, la elección de determinada carrera y el número de hijos (Perez, op.cit); y por otra, la jubilación no es un hecho universal, menos aun para las mujeres.

La *posición económica* en la vejez se evalúa a partir de los ingresos obtenidos por los individuos que componen el grupo de personas mayores en relación a otros grupos de edad o a la población total. Sin embargo, también es importante estudiar las diferencias al interior de la misma generación, básicamente porque en la vejez son más evidentes las desventajas que se acumulan a lo largo de toda una vida. Esto implica identificar aquellas variables estratificadoras de mayor importancia; en las cuáles el género se traduce en mejor o peor posición económica de acuerdo a la trayectoria vital de las personas.

La posición económica de los viejos/as en un momento determinado dependerá de una compleja combinación de factores que interactúan entre sí. Entre ellos se encuentran:

- Factores relacionados con el momento del curso vital en que se hallan los sujetos envejecidos y las personas que lo rodean, especialmente sus familiares.

- Factores derivados de las biografías individuales.
- Elementos que forman parte de las biografías generacionales; es decir, factores que forman el entorno de las generaciones, entre los que se hayan aquellos propios de la historia social, política y económica de la sociedad en que viven¹.
- Factores propios de la edad de la vejez (Pérez, op.cit).

Hay que tener en cuenta, además, que la vejez no es un momento estanco, sino que es también un proceso en el que los individuos continúan dialogando con la estructura social en la que están insertos y también con la estructura económica.

Las ayudas familiares y la seguridad económica en la vejez

El papel de las ayudas familiares en la seguridad económica es un asunto que cada vez adquiere mayor reconocimiento; siendo relativamente frecuente encontrar ejercicios de su cuantificación en la composición de ingresos de las personas y hogares en condición de pobreza. En algunos casos, esta inclusión se realiza bajo el amplio término de “transferencias familiares” o de “rentas provenientes de la asistencia privada”, y en otros se registra como “ayudas familiares” y dentro de éstas se distingue entre “ayudas familiares dentro del país” y “ayudas familiares de fuera del país”. En todos los casos, sin embargo alude a un contenido similar: “ayudas en forma de dinero en efectivo a aquellos que, de no mediar dicha transferencia, tendrían un probable riesgo de quedar en la pobreza” (Tabor, s/f).

En la vejez, las ayudas familiares adquieren un significado diferente a las demás etapas del ciclo de vida, debido a que en esta edad la obtención de recursos para satisfacer las necesidades pueden provenir de fuentes que no siempre son asimilables a aquellas de las restantes etapas del ciclo del vida. Esto es así porque a medida que avanza la edad el ingreso por remuneraciones al trabajo va perdiendo importancia, y al revés de lo que ocurre en países desarrollados con sistemas de seguridad social más evolucionados, sólo una media proporción descansa únicamente en ingresos obtenidos por concepto de jubilación o pensión. En este contexto, tal como afirma Wong y Espinoza (2003) el apoyo familiar gana importancia relativa, sobretudo entre los grupos con bajos ingresos y que no cuentan con apoyo institucional.

¹ Para un análisis e los factores generacionales relacionados con l inseguridad económica de las personas mayores, véase el trabajo de Gilbert Brenes, Rezagados durante la crisis económica: pobreza entre los adultos mayores de Costa Rica, *Población y Salud en Mesoamérica*. Revista Electrónica, Volumen 2, Número1, artículo1, Julio-diciembre de 2004.

Las transferencias de ingreso remiten al funcionamiento de redes sociales de diversa índole que proporcionan recursos para satisfacer las necesidades cotidianas de las personas mayores (Salles y Tuirán, 1994). Un estudio referido al caso mexicano demuestra, por ejemplo, que una proporción bastante significativa (alrededor del 30%) de los hogares encabezados por personas mayores de 65 años depende total o parcialmente de las transferencias informales de ingreso (Tuirán y Wong, 1993). Un estudio más reciente al respecto revela que en el año 2000, dentro de las fuentes de ingreso más comunes de las personas mayores en México, se encuentra la ayuda familiar con un 33.7% y aquellos que dependen exclusivamente de ayudas familiares alcanzan casi al 10% (Wong y Espinoza, 2003). Este dato se mantiene al analizar los ingresos de las personas mayores de acuerdo a los datos de la Muestra del XII Censo General de Población y Vivienda de México (2000) que revela que más de 600 mil hogares con personas mayores, 16 de cada cien reciben ayuda de familiares dentro del país y 300 mil de reciben de familiares que se encuentran en el extranjero (Hernández, 2001).

En otras partes del mundo, también se hallan referencias respecto de este asunto. En cuatro países de África Occidental una serie de encuestas realizadas entre 1985 y 1988 revelaron que un 80% de los encuestados mayores de 60 años recibía ayuda de sus hijos y sus nietos para sobrevivir (Peil citado Gorman 1995). Otro estudio realizado en Fiji, Malasia y Filipinas y la República de Corea reveló que prácticamente el 40% o más de los ingresos de los mayores provenía de la familia (Andrews et al. 1985). Un estudio en Pakistán señala que la gran mayoría de las personas mayores necesita de apoyo financiero de sus hijos para satisfacer sus necesidades básicas y que del total de entrevistados, el 49% de los hombres y el 54% de las mujeres de edad avanzada habían sido apoyados por sus hijos (Clark, 2003). Finalmente un estudio realizado en base a la encuesta SABE en siete ciudades de América Latina y el Caribe reveló que en Buenos Aires, el 59% de las personas mayores entrevistadas recibían ayuda en dinero, en Brasil este porcentaje alcanza al 61%, en Barbados y Uruguay a 65% y en Chile, Cuba y México el porcentaje es superior al 70% (Saad, 2003).

Esta situación no es baladí, sino que tiene que ver con las fuentes de ingreso de las personas y los hogares tienen directa relación con el ciclo económico (Barquero, 2004). El ingreso de los más jóvenes tiende a conformarse básicamente con remuneraciones que generan los asalariados, en el ciclo intermedio se integra fundamentalmente de las utilidades obtenidas de la explotación de negocios propios (incluido el trabajo por cuenta propia) y en la etapa avanzada del ciclo, predominan las transferencias (Rubalcava, 2001).

Pobreza en la vejez o el ¿encanecimiento de la pobreza?

La pobreza en la vejez es la expresión de la desigualdad extrema. Estudios realizados en Europa indican que la edad es un factor claro de caracterización de la pobreza debido a la relación entre

mayor edad y mayores posibilidades de vivir en un hogar pobre (Sánchez, 2000). Otras investigaciones han detectado la mundialización de la pobreza en las últimas etapas de la vida y han recomendado políticas para erradicar el problema (Calleja, 1997). Helpage International en su Boletín Tercera Edad y Desarrollo ha dedicado extensos comentarios al tema, por ejemplo, el artículo de Barrientos y Lloyd-Sherlock (2003) que señala: “la pobreza en la tercera edad es un fenómeno difundido en los países en desarrollo, y el apoyo informal a las personas mayores está enfrentando crecientes presiones a causa de condiciones económicas adversas, migración y los cambios en la estructura y composición familiar”.²

Para algunos autores (Woolf 1989), la condición de pobreza de los viejos/as está relacionada con determinadas fases particulares de vulnerabilidad en su ciclo de vida; es decir, la edad pasa a constituirse en una condición de fragilidad en que los individuos descienden bruscamente del nivel de subsistencia al de pobreza con más facilidad que en otras etapas de la vida. Este argumento es seguido por Hurd (1989) para quien las transferencias públicas a las personas mayores se justifican sobre la premisa de que ellas son más vulnerables a la incertidumbre, pues tiene menor probabilidad de recuperarse ante una pérdida de ingreso o por el gasto de servicios médicos.

En la actualidad este argumento es criticado ya que su surgimiento está contextualizado en teorías que describían a las personas mayores como víctimas del proceso de industrialización y que perjudicaban el bienestar. A ello se suma que las evidencias indican que tanto en algunos países en desarrollo como en los Estados Unidos, el colectivo de personas mayores son el grupo social con menor incidencia de la pobreza (Murphy, 1989).

Pese a esto, es importante reconocer que las transiciones hacia el retiro y la viudez reducen los ingresos ajustados por necesidades y aumentan la probabilidad de pasar a ser pobres en los hogares con personas mayores. Pero, como veremos más adelante, esta probabilidad no radica en la edad, sino en características individuales y generacionales en que ha transcurrido la historia laboral y de acumulación de activos de las actuales personas mayores.

² Con los viejos/as se está repitiendo lo que sucedió en América Latina con la mujeres durante la “década perdida” cuando se estableció el vínculo entre los hogares encabezados por mujeres y el concepto de “feminización global de la pobreza” en el que tales hogares asumieron una condición virtualmente categórica como “los más pobres entre los pobres”. Investigaciones realizadas más tarde revelaron que, en términos de ingresos, no hay un vínculo sistemático entre estos fenómenos. Además pareciera que no hay relación evidente entre los niveles de pobreza (a escala nacional y subnacional) y las proporciones de mujeres jefas de hogar, ni entre las tendencias de pobreza y la incidencia de la jefatura femenina (véase la excelente recopilación sobre la incorporación de la perspectiva del género en el análisis de la pobreza para el periodo 1970 y 2000, realizado por Sylvia Chant en su publicación Nuevas contribuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género, *Serie Mujer y Desarrollo*, No. 47, CEPAL, noviembre de 2003.

En América Latina, los datos sobre pobreza también nos indican que este fenómeno es menos frecuente en la vejez que en otras etapas del ciclo de vida, y aunque las personas mayores son consideradas un grupo social vulnerable, en la mayoría de los países, la incidencia de la pobreza en hogares con personas mayores es menor que en los hogares sin ellos (CEPAL, op.cit; del Popolo 2001; Guzmán, 2002).³ Sin embargo, la experiencia nos advierte que hay que ser extremadamente cauto en la interpretación de los datos, en la medida que la frontera entre pobre y no pobre en la vejez es extremadamente frágil. Factores derivados del estado de salud, la muerte del cónyuge o de los hijos, entre otros, pueden hacer que la persona caiga en situación de pobreza con mayor facilidad que en otras etapas de la vida. De igual modo es importante considerar que la posición económica de la actual generación de personas mayores puede ser producto factores generacionales derivados del desarrollo de los sistemas de seguridad social, empleo formal, hábitos de consumo y ahorro que favorecen una mejor situación económica. Factores todos los cuales experimentarán cambios a futuro, entre ellos el más importante está relacionado con las características del empleo y del actual sistema de seguridad social. Al respecto, la teoría nos indica que es no es posible estudiar a la población de edad avanzada como un solo núcleo, debido a que esta perspectiva esconde las desigualdades de ingreso, clase y género, existentes al interior de este grupo de edad (Arber y Ginn, 1995).

En efecto, cuando se analiza la situación de pobreza en la vejez, desagregando los datos por zona de residencia, grupos de edad, sexo u origen étnico, encontramos notables diferencias. En Costa Rica, por ejemplo, la probabilidad de una persona mayor rural sea pobre es casi un 50% mayor que la probabilidad de que una persona de 10 a 59 años (Brenes, 2004). Lo mismo sucede en Panamá donde cerca del 27.4% de la población adulta mayor se encuentra en situación de pobreza, pero cuando se analizan los datos según zona de residencia, la incidencia de la pobreza aumenta al 64.9% y en las comarcas indígenas el porcentaje de personas mayores pobres es de 95.4% (MINJUMNFA, 2004).

³ Es importante reflexionar sobre esta situación. Tal como afirmó Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, ante la Asamblea Mundial de la Salud en el año 2001, “los pobres se enferman con más frecuencia que las personas en mejor posición económica. Sus niveles generales de salud y bienestar son inferiores. Están más expuestos a enfermedades contagiosas y tienen menos resistencia a ellas... Tienen menores probabilidades de recuperarse totalmente después de una enfermedad y mueren antes...”. (UNFPA, 2002). Y como también indica la CEPAL en el documento base de la Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento realizada en noviembre de 2003, “el riesgo absoluto de muerte, la capacidad de acumular ganancias en esperanza de vida y el potencial de cambio en la esperanza de vida depende del ingreso, y sobre todo, de la brecha de ingreso: es decir, del nivel de pobreza relativa y el grado de desigualdad socioeconómica”. Cabe preguntarse entonces si la baja presencia de personas mayores en hogares pobres se deberá a que sus miembros mueren antes de llegar a la vejez, o si – tal como ocurre a nivel de los países – en los hogares pobres la esperanza de vida es más baja, reduciéndose la probabilidad de encontrar personas de avanzada edad entre sus miembros.

Pobreza, desigualdades de género y ayudas familiares

La vejez puede ser una etapa de pérdidas, pero también de plenitud. Todo depende de la combinación de recursos y estructura de oportunidades individuales y generacionales a las que están expuestas las personas en el transcurso de su vida, según su condición y posición en la sociedad. Esto supone conjugar la edad con otras diferencias sociales —tales como el género, la clase social y la etnia—, que condicionan el acceso y goce de dichos recursos y oportunidades.

La conexión entre el género y el envejecimiento surge tanto “del cambio social propio del paso del tiempo como de los acontecimientos relacionados con la edad que suceden a lo largo de la vida” (Arber y Ginn, op.cit). Es decir, la construcción social del género no es la misma en todas las etapas del ciclo de vida como tampoco lo es el paso del tiempo expresado en la edad cronológica, fisiológica y social para hombres y mujeres. El aspecto fundamental de esta conexión es “comprender cómo se relacionan la edad y el género con la distribución del poder, privilegios y bienestar en la sociedad” (ibid).

En el caso de la seguridad económica, las diferencias de género se pueden establecer, principalmente, a través del estudio de la posición económica en la vejez, debido a que el género actúa como una variable estratificadora que se traduce en una mejor o peor posición económica de acuerdo a la trayectoria vital de las personas.

De acuerdo con la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, las desigualdades de edad y género están vinculadas a la pobreza, y la mayor incidencia de la pobreza entre las mujeres en comparación con los hombres no es accidental, sino multidimensional, en tanto nace de las múltiples desigualdades que sufren las mujeres a lo largo de la vida debido a su género, clase, etnia y estado civil (Naciones Unidas, op.cit).

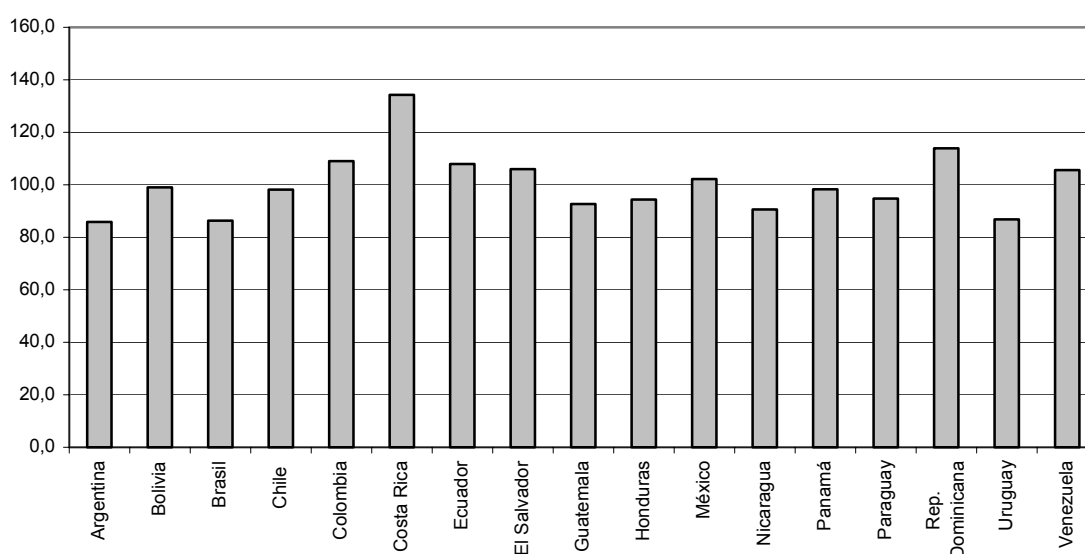
En esta perspectiva, el género como variable estratificadora de la situación económica en la vejez tiene su origen en la división sexual del trabajo, debido a que el papel de las mujeres en la reproducción social limita sus oportunidades de ocupar un empleo remunerado, alcanzar logros educacionales y adquirir conocimientos prácticos (Stone, op.cit). Cuando las mujeres se insertan en el mercado laboral lo hacen en puestos con bajas remuneraciones y poco valorados, lo que provoca desventajas económicas y sociales que se traducen en desigualdades durante la vejez. Un aspecto a destacar en esta línea de argumentación son las dificultades existentes en las estructuras políticas y jurídicas, específicamente, en las leyes y tradiciones relativas al patrimonio, el crédito y la herencia, que suelen ser más favorables a los hombres.

De acuerdo con el Centro de Desarrollo Social y Asuntos Humanitarios de la Oficina de las Naciones Unidas en Viena “en todo el mundo, las mujeres de edad tienen más posibilidades de vivir en la pobreza que los hombres” (Naciones Unidas, op.cit) ¿Hasta qué punto esta afirmación es aplicable a los países de la región?

Los datos de las encuestas de hogares realizadas en países de América Latina alrededor del año 2002 indican que con relación a la seguridad social, las mujeres mayores efectivamente se encuentran en una situación más desventajosa que los hombres: i) un porcentaje más alto de mujeres no percibe ingresos propios, ii) un porcentaje más alto de mujeres no cuenta con pensión ni jubilación y iii) los ingresos de las mujeres percibidos por concepto de jubilación o pensión son más bajos (Rico, 2003). Parte de estas desigualdades de género son el resultado de las condiciones en que se desarrolla la actividad laboral de las mujeres a lo largo de su vida o de las limitaciones institucionales derivadas de las leyes y normas que rigen los sistemas de seguridad social.

Gráfico 1

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): ÍNDICE DE FEMINIDAD DE 60 AÑOS Y MÁS EN HOGARES URBANOS POBRES, ALREDEDOR DE 1999



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) - Unidad Mujer y Desarrollo, elaborado sobre la base de los datos de Estadísticas de Género, <http://www.cepal.org/mujer>.

Sin embargo, esta situación no siempre se traduce directamente en pobreza durante la vejez femenina tal como lo demuestra el índice de feminidad en hogares pobres urbanos (véase el gráfico 1). De esto concluimos que el estudio de la situación económica de las mujeres mayores, a diferencia de lo que ocurre con los hombres, tiene que considerar obligadamente que sus fuentes de ingreso son distintas en la vejez y no deben remitirse única y exclusivamente a las consecuencias de su trayectoria laboral.

Al respecto, podemos preguntarnos si la probabilidad de que en la mayoría de los países, parte de las mujeres estén viviendo una vejez sin pobreza en la generación actual es producto de la posibilidad de recibir transferencias familiares, lo cual compensa las limitadas oportunidades de recibir transferencias sociales a través del sistema de seguridad social. Esto significa que la probabilidad de caer en la pobreza por parte de las mujeres mayores estaría siendo resistida por las oportunidades de contar con ayudas familiares, y esto se produce porque la situación económica de las personas mayores no depende solo y únicamente de los ingresos laborales o previsionales; sino también de las ayudas familiares y de los recursos humanos disponibles para su atención y cuidado cuando aumentan los niveles de dependencia.

Estudios monográficos realizados en algunos países de la región (Argentina⁴, Chile⁵, y Puerto Rico⁶) revelan que la satisfacción de necesidades en la vejez depende no sólo de la capacidad de pago, sino también de la naturaleza de las redes de apoyo en que transcurre esta etapa de la vida. Así lo demostró también el estudio comparativo realizado por Paulo Saad en siete ciudades de la región en base a la Encuesta sobre Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE) de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) que demuestra que “la probabilidad de recibir ayuda en dinero o bienes es significativamente mayor entre las mujeres mayores que entre los hombres, mientras que la probabilidad de prestar ayuda en dinero es significativamente mayor entre los hombres que entre las mujeres”.

De igual modo, a partir de los resultados de esta encuesta encontramos para seis ciudades de la región que la mayoría de las personas cuyos ingresos provienen en su mayoría de ayudas familiares son mujeres (véase gráfico 2) y en general estas ayudas provienen de ayudas familiares dentro del país (véase cuadro 1).

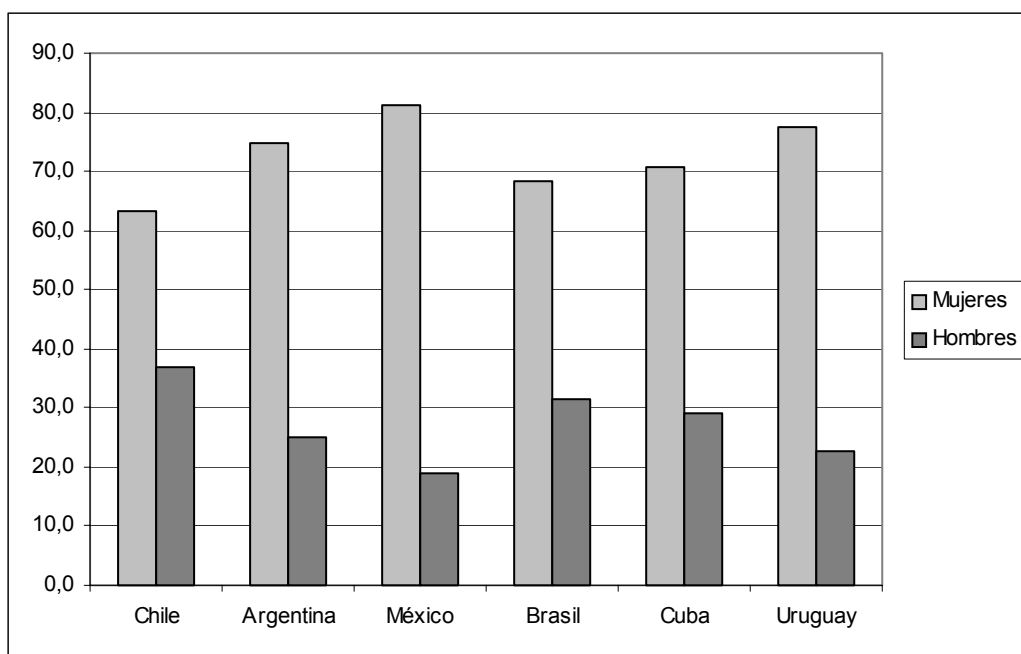
⁴ Arias Claudia, Redes de apoyo social y bienestar psicológico en personas de edad. *Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Social*, Universidad de Mar del Plata, Argentina, 2001.

⁵ Barros Carmen, Apoyo social y bienestar del adulto mayor, *Documento Instituto de Sociología*, No. 60, P. Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 1994.

⁶ Sánchez, C. (1990) Sistema de apoyo informal de viudas mayores de 60 años en Puerto Rico. *Mujeres de edad media y avanzada en América Latina y el Caribe*, pp. 286-299, Organización Panamericana de la Salud y Asociación Americana de Personas Jubiladas. Washington, D.C.

Gráfico 2

AMÉRICA LATINA (6 CIUDADES): PORCENTAJE DE PERSONAS DE 60 AÑOS Y MAS CUYOS INGRESOS PROVIENEN DE AYUDAS FAMILIARES



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) – CELADE, División de Población, elaborado sobre la base de los datos de la Encuesta SABE.

Lo mismo podemos corroborar en los datos de la Encuesta de Hogares de República Dominicana (2001), en que se muestra que las mujeres mayores representan una proporción más alta en las remesas recibidas desde el exterior (véase cuadro 2), y en los datos de la encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (INEGI, 1994) que demuestran que las mujeres perciben sobretodo transferencias en forma de remesas monetarias tanto del país (50.6%) como del extranjero (8.0%) a la inversa de lo que ocurre con los hombres, quienes reciben en mayor proporción que las mujeres ingresos por concepto de jubilación o pensión (Rucalcava, op.cit).

Cuadro 1

**AMÉRICA LATINA (6 CIUDADES) PROPORCION DE PERSONAS MAYORES QUE PERCIBEN
INGRESOS POR AYUDAS FAMILIARES POR SEXO**

País	Ayudas Familiares	
	Fuera del país	Dentro del país
Chile		
Mujer	56,25	64,03
Hombre	43,75	35,97
Total	100,00	100,00
Argentina		
Mujer	100,00	71,31
Hombre	0,00	28,69
Total	100,00	100,00
México		
Mujer	79,85	81,52
Hombre	20,15	18,48
Total	100,00	100,00
Brasil		
Mujer	64,13	68,87
Hombre	35,87	31,13
Total	100,00	100,00
Cuba		
Mujer	62,57	75,46
Hombre	37,43	24,54
Total	100,00	100,00
Uruguay		
Mujer	80,73	28,16
Hombre	19,27	71,84
Total	100,00	100,00

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) – CELADE, División de Población, elaborado sobre la base de los datos de la Encuesta SABE.

Cuadro 2
**REPÚBLICA DOMINICANA. PORCENTAJE DE PERSONAS MAYORES QUE RECIBEN
REMESAS DESDE EL EXTRANJERO. 2001**

Remesas desde el exterior	60 y más			65 y más		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
si	9,59	14,31	12,06	11,60	14,50	13,09
no	90,41	85,69	87,94	88,40	85,50	86,91
Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Fuente: elaborado en base a Guzmán José Miguel (2004), sobre la base de los datos de la Encuesta SABE.

Lo anterior puede deberse a que cuando una persona no logra – por razones individuales o estructurales – alcanzar una cierta seguridad económica en la edad avanzada , operan distintos

mecanismos de transferencia a través de la familia. Estas transferencias pueden ser intra o extradomésticas, y usualmente no ocurren en una sola dirección, sino que forman parte de un intercambio (Palma, 2001). En ese sentido, las ayudas familiares son selectivas y no se reciben por el solo hecho de ser de edad avanzada. Así lo reveló el estudio de Wong y Espinoza (op.cit) que indica que la ayuda financiera tiene mayor importancia en la población de edad avanzada, de menor educación formal y en las mujeres mayores sin pareja. Para estas últimas, por ejemplo, las ayudas familiares constituyen, en promedio, poco más del 70% de su ingreso total. De este modo, tácitamente, operan mecanismos de compensación en relación a la inversión en el ámbito familiar y doméstico de las mujeres durante su ciclo de vida.

Pese a lo alentador que puede ser este hallazgo, debemos reconocer que dependencia de hijos y familiares puede afectar la autonomía de las mujeres y, la regularidad de los ingresos —lo que no necesariamente es una característica de los apoyos familiares monetarios—, es un factor determinante del acceso a la salud. Con frecuencia, el apoyo que reciben las mujeres proviene de hijos, y en especial de las hijas, pudiéndose observar una “generación intermedia” que está aportando a su propio hogar y al bienestar de sus antecesoras.

En el caso de los hombres, la información indica que siguen actuando como proveedores durante la vejez (Huenchuan y Soza, 2003; Ham Chande y otros, 2003). Esto tal vez les otorgue cierta seguridad, pero el hecho que sus redes de apoyo familiar y comunitario sean más reducidas (Montes de Oca, op.cit.), a la larga puede producir consecuencias importantes en su bienestar, por lo menos en relación a la disponibilidad de recursos humanos para el cuidado.

A modo de síntesis

El estudio de la seguridad económica de las personas mayores es complejo por varias razones. Una de ellas es que en general se analiza su situación en base a parámetros aplicables a otros grupos de edad o bien se analiza como un grupo homogéneo, sin distinguir diferencias de ningún tipo.

En este trabajo hemos querido problematizar los parámetros a través de los cuáles se estudia la seguridad económica. En la primera parte indicamos que este amplio tema incluye el estudio de dos componentes: la situación y la posición económica. También señalamos que a diferencia de otros grupos de edad, en la vejez, es importante incluir en el estudio de la seguridad económica los recursos para la atención y cuidado cuando aumentan los niveles de dependencia, los cuales no siempre admiten un análisis de la capacidad de pago de la persona mayor. Concluimos esta sección indicando

algunos factores de orden individual y generacional que influyen en la actual posición económica de las personas mayores.

En la segunda sección de este trabajo nos concentramos en el papel que las ayudas familiares tienen en la seguridad económica de las personas mayores y por qué en este momento es más importante considerar esta fuente de ingreso debido a la específica etapa del ciclo económico familiar en que se encuentran. Continuamos analizando la pobreza en la vejez y cuales son las desigualdades de género que actúan en contra de la situación económica de las mujeres, pero que no siempre se traducen en pobreza.

Dentro de las posibles razones que nos damos para esta situación se halla que las mujeres mayores, al carecer de salarios formales y de transferencias del sistema de seguridad social están siendo apoyados por sus familiares para saldar la débil frontera de la pobreza, y por lo tanto en el análisis de su situación económica se deben incluir otras variables como ser la posibilidad de contar con redes de apoyo para su mantención y cuidado en edades avanzadas.

Y si bien lo anterior puede ser una conclusión optimista, no lo es tanto cuando se considera que las características de la actual generación de mujeres mayores son muy particulares, tanto en relación al número de hijos, su tipo de ocupación y el tiempo invertido en el cuidado de otras generaciones. Y, en ningún caso, esto debe animarnos a pensar que la seguridad económica de las mujeres debe quedar en manos de las familias. Muy por el contrario, más bien nos revela los nichos no cubiertos por el Estado ni el mercado, para los cuáles entran a operar estrategias familiares, cuyos costos y beneficios también requieren una evaluación.

Bibliografía

Andrews G.R. et al (1985) Ageing in the western pacific, Manila: World Healthv Organisation.

Arber, S. y G. Jay (1995), Mera conexión. Relaciones de género y envejecimiento, *Relación entre género y envejecimiento. Un enfoque sociológico*, Madrid, Ediciones Narcea.

Arias C., (2001) Red de apoyo social y bienestar psicológico en personas de edad. *Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Social*, Universidad de Mar del Plata, Argentina.

Barrientos A. y Lloyd Sherlock P. (2003) ¿Pensiones para los pobres?, *Tercera Edad y Desarrollo*, HAI, diciembre de 2003.

Barros C. (1994) Apoyo social y bienestar del adulto mayor, *Documento Instituto de Sociología*, No. 60 , P. Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 1994

Barquero J. y Trejos j. (2004) Tipos de hogar, ciclo de vida familiar y pobreza en Costa Rica 1987-2002, *Población y Salud en Mesoamérica*. Revista Electrónica, Volumen 2, Número1, artículo1, Julio-diciembre de 2004.

Brenes G. (2004) Rezagados durante la crisis económica: pobreza entre los adultos mayores de Costa Rica, *Población y Salud en Mesoamérica*. Revista Electrónica, Volumen 2, Número1, artículo1, Julio-diciembre de 2004.

Calleja J (1997) *Eliminación de la pobreza en la vejez*, Instituto Internacional sobre Envejecimiento, Malta.

Clark G. (2003) Identificación de las tradiciones familiares, apoyo financiero y personal para adultos mayores, como una base para una política: resultados preliminares de un estudio en Pakistán, *Revista de Trabajo Social*, No.8, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

CEPAL/CELADE (2003) *La situación de las personas mayores*. Documento base la Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento, Santiago de Chile, 19 al 21 de noviembre de 2003.

Chant S. (2003) Nuevas contribuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género, *Serie Mujer y Desarrollo*, No. 47, CEPAL, noviembre de 2003.

Del Popolo Fabiana (2000) Características sociodemográficas y socioeconómicas de las personas de edad en América Latina, *Serie Población y Desarrollo*, No. 19, CELADE-División de Población de la CEPAL, noviembre de 2001

Gorman M. (1995) La tercera edad y el desarrollo: ¿la última minoría?, *Development in practice*, Volumn 5, No.2.

Guzman, JM. (2002) Envejecimiento y desarrollo en América Latina y el Caribe, *Serie Población y Desarrollo* No 28, CELADE-División de Población de la CEPAL, Santiago de Chile, junio de 2002;

Guzmán JM (2004) La situación de las personas mayores en República Dominicana, MIMEO.

Ham-Chande, R. y otros (2003), Redes de apoyo y arreglos de domicilio de las personas en edades avanzadas en la ciudad de México, *serie Notas de población*, N° 77 (LC/G.2213-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta S.03.II.G.171.

Hernández D. (2001) Hogares, Pobreza y Vejez. Desigualdad y pobreza en la población mayor, *Demos Carta Demográfica sobre México*, No. 14, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Huenchuan, Sandra y Z. Soza (2003), Red de apoyo y calidad de vida de personas mayores, *serie Notas de población*, N° 77 (LC/G.2213-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL

Hurd MD (1989) The economics status of the elderly, *Science*, 244(4905).

Maddox G.L y Campbell R (1985) *Scope, concepts and methods in the study of aging*”, *Handbook on aging and the social sciences*, Nueva York.

MINJUMNFA (2004) *Diagnostico nacional de la situación de las personas mayores*, Panamá.

Montes de Oca, Verónica (2003), Redes comunitarias, género y envejecimiento, *Notas de población*, N° 77 (LC/G.2213-P), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.03.II.G.171.

Murphy Kevin (1999) Seguridad social en peligro., *Capital Ideas*, Volumen 2, No.1, Spring 1999, University of Chicago Graduate School of Business, Estados Unidos.

Naciones Unidas (1991), *The World Ageing Situation 1991* (ST/CSDHA/14), Nueva York.

Naciones Unidas, Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer (1999), Género y envejecimiento: problemas, planteamientos y políticas. *Informe del Secretario General* (E/CN.6/1999/3), Nueva York, marzo.

Palma J. (2001) El apoyo familiar. Transferencias de y para la población mayor dentro y fuera del hogar, *Demos Carta Demográfica sobre México*, No. 14, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Pérez, L (1997) *Las Necesidades de las Personas Mayores*. Ediciones Ministerio del Trabajo y Asuntos Sociales. Madrid, España.

Rico N. (2003) *Los sistemas de pensiones y sus deudas con la equidad de genero entre las personas adultas mayores*. Documento presentado en la Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento, CEPAL 19 al 21 de noviembre de 2003. Santiago de Chile.

Rubalcava R. (2001) Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares. *Envejecimiento demográfico de México: Retos y perspectivas*. Consejo Nacional de Población, México.

Saad O. (2003) Transferencias informales de apoyo de los adultos mayores en América Latina y el Caribe: estudio comparativo de encuestas SABE, *Revista Notas de Población* No.77, CELADE-División de Población de la CEPAL, Santiago de Chile.

Sanchez P.(2000) Sociología de la vejez versus economía de la vejez, *Papers* 61, 2000, España.

Sánchez, C. (1990) Sistema de apoyo informal de viudas mayores de 60 años en Puerto Rico, *Mujeres de edad media y avanzada en América Latina y el Caribe*, pp. 286-299, Organización Panamericana de la Salud y Asociación Americana de Personas Jubiladas. Washington, D.C.

Stone, Robin (1999), The feminization of poverty among the elderly, *Women's Studies Quarterly*, N° 1 y 2, Rochester.

Tabor S. (s/f) Transferencias directas en efectivo, *Serie Informes sobre Redes de Protección Social*, Work Bank Institute.

Tuiran R. y Wong R. (1993) *Transferencias familiares de ingresos*, SOMEDE, México (MIMEO)

UNFPA (2002) *El estado de la población mundial*, Nueva York

Wong M. y Espinoza R. (2003) Ingreso y bienes de la población de edad media y avanzada en México, *Papeles de Población* No. 37,

Woolf, S. (1989) *Los Pobres en la Europa Moderna*. Editorial Crítica, Barcelona, España.

Salles y Tuiran (1994) Familia, género y pobreza, *El Cotidiano* No. 68, México